

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

POESÍAS FILOSÓFICAS

I

La beneficencia.

Nostri pars optima sensus.
JUVEN.

Alma beneficencia, ya te canto:
asaz sonaron en mi acorde lira
del dios vendado la funesta ira
y de su madre el venenoso encanto:
asaz en la ribera

del patrio Betis aumente su gloria,
cuando en voz placentera
sus flechas celebrando y mi victoria,
de Emilia los loores
aplaudieron las ninfas y pastores.

Dulce ilusión, aunque gozosa, vana,
que lo mejor robaste de mi vida,
huye veloz, como la luna herida
del triunfante esplendor de la mañana.
¿Qué fuego desusado

hierve en mi pecho? ¿qué centella ardiente
con brillo regalado
penetra el seno a mi ofuscada mente,
y de su horror oscuro
brota de la virtud el rayo puro?

No más hermoso entre la niebla fría
del alterado piélago de oriente
levanta el sol la enrojecida frente,
padre y monarca del rosado día;

no más tierna la aurora

sobre la flor del aterido prado
su blando aljófara llora;
no más sereno el céfiro templado
dulce calor fecundo
vierte en los seres del inmenso mundo.

Salve, luz celestial: fuego escondido,
que en este yerto corazón dormías,
salve: disipa con tus llamas pías
la ciega oscuridad de mi sentido:
mi espíritu enardece:

purifica mis labios: pueda el canto,
que ya en mi pecho crece,
si la voz de un mortal alcanza a tanto,
domar la envidia fiera,
e igualar de los siglos la carrera.

O más bien, vuela tú; y al triste humano
comunica tu llama abrasadora
en la fulgente cuna de la aurora,
y donde hiela el último Océano:
tu ardor hermoso sienta

desde el feroz caribe, que tranquilo
de sangre se alimenta,
hasta el esclavo estúpido del Nilo,
que a la alzada cuchilla,
cordero inerme, la cerviz humilla.

Se verá entonces la anchurosa tierra
en hermanales vínculos unida,
y huyendo de tus rayos pavorida
su negro pabellón plegar la guerra:
odio, rencor, venganza,

interés, ambición, copiosos males,
que dio con la esperanza
la caja de Pandora a los mortales,
ya tan infaustos nombres
sólo en la historia aprenderán los hombres.

Pálido cae de vuestra impura frente
el funesto laurel, que la adornaba;
y el orgullo infernal, que os animaba,
postráis rendidos a la luz naciente.
¿No veis la envidia horrenda,

que el celeste esplendor bramando esquiva;
y por oculta senda
vertiendo fiera su ponzoña activa,
huye con raudo vuelo
a nunca más turbar la luz del cielo?

¿No veis, no veis al ciego fanatismo,
de su ominoso solio derrocado,
cuál gimiendo se lanza despechado
a la negra mansión del patrio abismo?
El puñal de Megera

ved cuál se escapa de su ardiente mano:
ved de su cabellera
las serpientes dormir: el grito insano,
precursor de destrozos,
oprime ya con pérfidos sollozos.

Pérfidos, sí: que ardiendo en viva saña
recuerda altivo sus funestas glorias,
de Merindol y Albiga las victorias,
y la extinguida hoguera de la España.
El siglo infausto llora,

que el alma devoró de los mortales
su antorcha abrasadora,
y erigió entre nublados celestiales,
del crédulo esperanza,
el trono del orgullo y la venganza.

El libre pensamiento los impíos
oprimiendo en oscura servidumbre,
consagraron a un Dios de mansedumbre
de humana sangre caudalosos ríos:
su bárbara cuadriga

holló los cetros y el laurel triunfante
y de la paz amiga
la dulce rama: el fuego devorante,
que sus ruedas abrasa,
yerma el campo infeliz por donde pasa.

Mas ¡ah! que ya cesaron los horrores
del tenebroso siglo de la ira,
y el abatido monstruo ya suspira
devorado de inútiles furores.
Y tú, yerto egoísmo,

que la frente a los cielos levantaste,
y un imperio en ti mismo
del universo entero te formaste,
¿cómo cayó espantoso
de tu poder el hórrido coloso

Cual sube audaz en las heladas cimas,
que el aterido mar del norte baña,
de endurecida nieve alta montaña,
muerte y terror de los polares climas;
firme, inmoble y segura

sufre el eterno sol del Cancro ardiente;
la inmensa mole y dura
opone al rayo de la luz clemente,
y en su seno acogida
niega por siempre al fuego de la vida:

así en el corazón, que el monstruo fiero
con su hielo infernal entorpeciere,
jamás la triste humanidad espere
restos hallar de su calor primero.
¡Ay de aquel desgraciado,

que a su interés o a su placer se atreva!
El hierro despiadado
ya amenazando está. Sin que le mueva
ni el rencor, ni la saña,
tranquilo en sangre y lágrimas se baña.

Furias del Orco, huid: y tú, amor santo,
padre de cuanto anima y cuanto crece,
benigno a los mortales resplandece,
y vierte al orbe tu apacible encanto.
La oscura venda deja,

con que la infiel mudanza te cubría
y la celosa queja:
por ella el hombre te llamó algún día,
maldiciendo tu imperio,
placer mentido y torpe cautiverio.

Las dulces flechas, que te dio natura,
para esparcir del ser la llama ardiente,
templa, oh amor, en la sagrada fuente
de la amistad inextinguible y pura;
y el amante enlazado

a la gentil beldad, que lo enamora,
en lágrimas bañado,
exclame al despuntar de cada aurora:
«¡destino venturoso,
el de hacerte feliz, siendo dichoso!»

Tú, divina amistad, del alto cielo
al mundo, que te implora, ya descende,
y en sus heridas amorosa extiende
el bálsamo apacible del consuelo.
Gloria de los mortales,

salve: tú robas a la humana vida
la mitad de los males;
y a la breve porción, tal vez mentida,
del bien, tú sola eres
quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado
temple al hombre los ásperos enojos,
y el tierno llanto de sus dulces ojos
calme el llanto infeliz del desgraciado:
así el blando rocío

el euro entre sus alas atesora;
y cuando el soplo frío
del aquilón los campos descolora,
con su lluvia templada
vuelve el ser a la rosa desmayada.

Mas ¡oh! ¿ves la bondad, natura,
que tus inmensos ámbitos domina,
y entre los rayos de su luz divina
ostenta pura su inmortal belleza?
Yo escucho el grato acento,

que inunda de placer los corazones:
yo miro al vago viento
enarbolar los cándidos pendones,
y su numen sagrado
el orbe todo venerar postrado.

Ya, ya la mano al pálido indigente
tiende benigno el prócer: junto al lecho
del moribundo en lágrimas deshecho
ya la piedad el poderoso siente:
ya el oro fementido,

por el que vio otro tiempo la doncella
su limpio honor vendido,
es dote y premio a la modestia bella,
y con hermosas flores
enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enajenado
de sus caducos años el consuelo
y sonrío al festivo nietezuelo,
que con gracia infantil juega a su lado;
y en su vejez felice,

último rayo de un sereno día,
al bienhechor bendice,
que coronó sus canas de alegría
y plácido y tranquilo
desciende de la tumba al quieto asilo.

Y tú, joven beldad, ¡cuán dulcemente
en la mansión del infeliz suspiras!
de la sañuda enfermedad las iras
¡cuál templa tu ternura diligente!
¡con qué rosas aviva

las gracias de tu angélico semblante
la bondad compasiva!
Las ve el Amor; adóralas tu amante;
y el premio entre sus brazos
da a tu piedad con regalados lazos.

Mas ¿veis a aquellas almas celestiales,
que en sus aras reunió beneficencia,
el seno penetrar de la indigencia,
y arrancarle el secreto de sus males?
¡cuál endulzan piadosos

de un triste corazón el triste duelo!
¡cuál brillan generosos,
de la maldad, que dominaba el suelo,
enemigos osados,
para el bien de la tierra conjurados!

¡Santa conjuración! todas las gentes
seguirán tu bandera victoriosa:
prepara ya, posteridad dichosa,
laurel sagrado a las heroicas frentes.
Triunfad: el mundo entero

subyugue el entusiasmo que os anima;
y volando ligero
de nación en nación, de clima en clima,
por siempre cante el hombre
de la virtud el sacrosanto nombre.

Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas
alma y vida a mi ser, no te sentía?
¿cómo en mi seno sin vigor yacía
la fuerza celestial, que lo inspirabas?
Ya sé cual es la fuente

de aquel vago llorar, que la ternura

vertió a mi rostro ardiente:
ya conozco del bien la emoción pura
que el mísero gemido
tal vez me sorprendió del desvalido.

Renueva pues tus cuerdas, dulce lira;
y en desusado y victorioso acento
acalla el grito del rencor sangriento
y la voz de la muerte y de la ira.

Rompe el velo sombrío,
que ocultó al hombre bajo el torpe imperio
del egoísmo impío,
de su existencia el divinal misterio,
y enseña a los humanos

a ser en dulce paz dulces hermanos.

Que este impulso del bien, que en su clemencia
a nuestras almas concedió natura,
no puede, no, morir; la envidia impura
él lanzó de la edad de la inocencia.

Él en la selva umbría
el hombre al hombre unió, cuando entre breñas
la sociedad nacía:
él postrando las hórridas enseñas
del interés inundo,

los Casas y los Pen produjo al mundo.

Instinto natural, allá en el seno
del hondo corazón yace escondido,
do el orgullo y el vicio fermentado
lo aduermen con su plácido veneno;

mas cuando el torpe encanto
rompe una vez de la infernal cautela,
por donde el rojo manto
extiende Febo, generoso vuela,
y estrecha blandamente

en lazo bienhechor la humana gente.

Así del claro sol destello puro,

en tímida centella trasformado,
entre sus densas láminas trabado
encierra el pedernal inerte y duro;

mas si activo el acero
fuerza a mostrarse la encubierta llama,
con ímpetu ligero
sobre el pábulo breve se derrama,
y crece y es hoguera,

y al Alpe y a Pirene consumiera.

II

La bondad es natural al hombre.

¿Quién fue, quién fue el primero,
que a la crédula gente dijo impío:
«despeñado por lúbrico sendero
se precipita al mal vuestro albedrío,
y hechuras de una imbécil Providencia,

el crimen y el dolor son vuestra herencia?»

¿Quién fue? ¿que en torpe olvido
de la virtud sencilla e inocente
el siglo sepultó? ¿que así atrevido
del pecho humano blasfemó insolente,

y calumnió con pérfida impostura
igualmente al criador y a la criatura?

El averno profundo
lo abortó en sus furores sobre el suelo
para tender al engañado mundo

del atroz fanatismo el ciego velo,
o porque pueda sancionar impía
sus crímenes la adusta tiranía.

¿Malo el hombre, insensato?
¿corrompido en su ser? De la increada,

de la eterna beldad vivo retrato,
en quien el sacro original se agrada
¿sólo un monstruo será, que horror inspira,
prole de maldición, hijo de ira?

Y ¿por qué en su semblante

la dulzura y bondad impresas lleva?
¿por qué la vista noble y radiante
al alto Olimpo generoso eleva,
como buscando ansioso e impaciente
de su origen la cuna refulgente?

¿Quién a su pecho ha dado
este instinto de amor, que el hombre liga
al hombre en sociedad? ¿quién le ha enseñado
en las delicias de la paz amiga
a dividir con los demás mortales

la herencia de sus bienes y sus males?

¿De dónde el tierno llanto,
que, si ve al infeliz, su rostro baña?
¿De dónde de la patria el amor santo?
¿la piedad paternal? ¿la justa saña,

que brota en los airados corazones,
si el despotismo arbola sus pendones?

Bueno nace y hermoso
el almo ser, honor de la natura;
y aun entre el llanto acerbo y doloroso

que en su niñez le arranca la amargura,
brilla en sus dulces labios pura y lisa
de la bondad la angélica sonrisa.

Y luego joven siente
la activa llama del amor suave,

y eternizando su existencia ardiente,
como de Arabia la insepulta ave,
nuevos seres produce al claro día,
antes que yaga su ceniza fría.

Y en regalados lazos

la dulce prole su cariño paga,
a su cuello estrechada y a sus brazos:
sustenta protector, plácido halaga;
y en perpetuo solaz tranquilo espera
el fin forzoso a su feliz carrera.

Tal es el hombre, cuando
ni la opresión ni el fanatismo impío
forma en las tierras ambicioso bando;
libres las almas del furor sombrío,
que a temblar y a matar las arrebató,

y tiembla el necio y el malvado mata.

Tal es el que cantaste,
dulce Virgilio, tú, cuando tendido
al pie de umbrosa haya le miraste
en apacibles ocios divertido,

enseñando a los ecos gemidores
el nombre de su bella y los amores.

O bien más virtuoso
el que vio en las helvéticas montañas
Gésner sublime de aquilón silboso,

del hielo agudo despreciar las sañas;
y en medio a la selvática natura
aras alzar al dios de la ternura.

Así del Erimanto
vagó el hombre feliz por las riberas,

sonando eterna paz en blando canto
el eco de las ménalas praderas,
cuando olvidados bélicos furores,
dio Arcadia el cetro a cándidos pastores.

Y aquella edad dorada

desconocida en la sangrienta historia,
mas cuya grata imagen lastimada
la humanidad conserva en su memoria,

y que pintaron en el suelo ibero
el tierno Fenelón y el sacro Homero.

Las riberas del Betis
feliz la vieron en virtud sencilla;
y el gaditano mar, donde de Tetis
cayendo al gremio el sol, último brilla,
a la codicia, a la ambición armada

¡ay, breve tiempo! defendió la entrada.

La infame sed del oro
y el amor del poder enfurecido
de sangre humana y de inocente lloro
bañó el mísero suelo entristecido,

y en los vestigios de la choza pía
sus palacios alzó la tiranía.

Y luego levantando
la adulación su fementido acento,
del cielo hizo bajar el regio mando,

santificando al opresor violento;
y a un execrable y bárbaro asesino
proclamó imagen del poder divino.

Gritó entonces artera
la vil superstición: «tristes humanos,

sufrid y obedeced: si brilla fiera
la dura espada en homicidas manos,
sufrid: nacisteis todos criminales:
así Jove castiga a los mortales.»

Y así fue esclavo el hombre,

y así malvado fue. Su genio ardiente
buscó en la guerra el ínclito renombre:
surcó los mares la perversa gente,
y a sus reyes y dioses imitando,
la triste humanidad fue destrozando.

¿Qué fuerza bienhechora

volverá al hombre su bondad nativa?
que del ardiente golfo de la aurora
hasta do hiela Cinosura fría
el poder, la maldad y la impostura

su sagrado carácter desfigura.

Vosotras, consagradas
almas a la virtud, la humana mente
formad piadosas: caigan las lazadas
que el fanatismo le ciñó inclemente;

y libre la veréis, noble y gloriosa
lanzarse al bien, que conocer no osa.

Y si yace oprimida
de la verdad la tímida centella,
cual suele entre la niebla denegrada,

que exhala el mar, la vespertina estrella,
romped heroicos con potente mano
el torpe hechizo al corazón humano.

¿Dónde el alma sublime
está, que el fuego sacrosanto inflama,

y que del hombre el infortunio gime?
Nazca ya al mundo la encubierta llama,
nazca; y en mil incendios esparcida,
siempre de la bondad la hermosa vida.

III

La amistad.

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo.
RIOJA.

El himno santo de amistad rebosa
de mi inspirado seno:
tú, celestial virtud, mi numen eres.
Resuena audaz, oh lira; un nuevo modo

y desusado emprende: el fuego ardiente,

que al pítico cantor dispensa Febo,
y el sabio desvarío,
que derrama en los vates Hipocrene,
son hielo y niebla junto al fuego mío.

Brote la voz del corazón: resuene

en tiernos corazones,
asilos tuyos, oh amistad. Respondan,
cual flébil eco en la repuesta gruta.
Aquí tienes tus aras, aquí tienes,
deidad oculta, víctimas y templo.

Aquí la espada impía
no alcanza, ni la astucia del inicuo,
ni el furor de la armada tiranía.

Lejos, profanos, id. Allá os aguardan
con la ambición sañuda

la maldad y el cruel remordimiento.
Pues lo queréis, sed infelices. Niegue
a vuestro helado pecho sus ardores
el sol de la amistad; y en pos corriendo
de pérfida esperanza,

al fiero numen erigid del mando
el altar de la envidia y la venganza.

O al cenagoso piélagos lanzados
de sórdidos placeres,
a Venus sin amor, sin dulce risa

a Baco invocaréis; o ya de Pluto
el don aciago anhelaréis sedientos:
todo lo gozaréis, menos la dicha;
la dicha, hermosa herencia,
que a un tierno corazón el cielo guarda,

hasta entre el polvo vil de la indigencia.

Para el amigo pecho reservaste,
benéfica natura,
tu inexhausta belleza. ¿Qué es el canto

de las pintadas aves, si mi Eutimio

conmigo no lo oirá? ¿qué es la verdura
del fresco valle, el nácar de la aurora,
ni el austro enamorado,
que halaga el blando seno de las flores,
si a gozarlos sin ti soy condenado?

Brilló hermosa la tierra, brilló el cielo
al feliz hombre, cuando
transmitir pudo su emoción suave
en otro corazón. La pura fuente,
que por floridas márgenes resbala,

la blanda luz de la argentada luna,
los astros, que salieron
bajo su imperio a embellecer la esfera,
emblemas del amor entonces fueron.

Y la mujer divina, cual descuella

la rosa nacarada
entre las hijas del abril florido,
las tiernas gracias y el pudor mostrando,
de la beldad se coronó por reina.
Arde el hombre a su vista, y de su seno

viva llama desprende:
llama fugaz, que muere dando vida,
y que de nuevo la amistad enciende.

¿Quién consuela, infelice moribundo,
tus últimos instantes?

El caro amigo, en cuyo seno expiras.
¿Quién el pecho ulcerado, que lamenta
la ingratitud y la perfidia, vuelve
al amor de los hombres? El amigo,
que le guardó constante

su corazón; y ni el sañudo hierro,
ni del tirano el cetro fulminante

aterró su lealtad: sube animoso
al fiero cadahalso,

y con su muerte ilustre lo ennoblece:

rompe muros, escuadras atropella,
arrostra el golfo y su indomable furia,
audaz se entrega a la sangrienta saña
del bárbaro enemigo,
denodado acomete al mismo averno,

por dar la vida a su adorado amigo.

¡Cuán grata de mi rápida existencia
duplica los placeres
el alma amante, que en mi bien se goza!
¡Cuál consuela mis lágrimas el llanto,

con que responde a mi aflicción! ¡Cuál arde
en mi pecho, oh virtud, tu santo fuego,
cuando tu mano miro,
Eutimio amado, al infelice abierta,
y su pena halagar con tu suspiro!

No es tan dulce al cansado caminante,
si la ercinia montaña
venció o el hielo de la cumbre alpina,
complacido vagar por los pensiles
del sosegado Po, como a tu Anfriso,

del crimen fatigado y de los hombres,
hallar en tu alma pura
el no violado inocente asilo,
do anidan la virtud y la ternura.

Fulmina, oh Jove: agote el infortunio

contra mí sus rigores:
persígame el poder: grave mis días
horrenda proscrición: niégume esquivo
sus dones el amor: derrame el cielo
sobre mí sus incendios devorantes:

no verás a las quejas
mi labio abrirse, ni al dolor mi pecho,
si un dulce amigo en tu piedad me dejas.

Hijos de la amistad, almas queridas,

abrid los tiernos brazos

y el blando seno al amoroso vate.
Vosotros sois mi bien y mi tesoro:
¿qué es sin vosotros el vivir? si un día
perderos debe el desgraciado Anfriso,
entonces, Parca impía,

su existencia, ya inútil y enojosa,
lanza al abismo de la tumba fría.

IV

Al mismo asunto.

¿Dónde, santa amistad, tu pura llama
anima a los mortales? ¿qué dichoso
clima ilustra tu rayo generoso,
o en cuál región tu fuego se derrama?
¿en qué pueblo el luciente

Febo de cuantos dora
de la remota aurora
hasta do muere el día,
oye aclamar tu nombre dulcemente
en himnos de alegría?

Tú del piadoso cielo fuiste dada
al mundo, con tu influjo soberano
en grata paz el venturoso humano
gozó los años de la edad dorada.
El odio enfurecido

y el interés inmundado
aún no el Orco profundo
lanzara sobre el suelo;
y vivió el hombre con el hombre unido,
digno de ti y del cielo.

Mas ¡oh! cual leve sombra el inocente
siglo pasó y el tiempo afortunado:

la negra envidia el hierro despiadado
puso en la mano a la sencilla gente:
viendo brillar su filo

contra el inerme pecho,
de tu altar, ya deshecho,
elevas temerosa
el presto vuelo, y al celeste asilo
te refugias llorosa.

Hija de la virtud esclarecida,
¡oh! vuelve, vuelve al olvidado trono,
que profanó el mortal, cuando el encono
tiñó en sangre su mísera guarida:
vuelve y la infanda guerra

doma y la triste ira:
tu suavidad inspira
en tiernos corazones,
y adora ya feliz la inmensa tierra
tus cándidos pendones.

V

Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesión militar.

A don Francisco Javier de Hore.

Pietate insignis et armis.
VIRGIL.

De la hervorosa Sirte se desata
horrible tempestad: la luz serena
oscurece del sol y enluta el orbe:
el rayo brama en la encendida nube,
y rasgándole el seno,

su rápida carrera sigue el trueno.

Las cavernas retumban: los peñascos
estallan con fragor: vuelcan los ríos

embravecidas ondas: las arenas
revuelve el mar sobre la adusta playa;

y los tristes humanos
alzan al cielo trémulas las manos.

Ese terror universal que sienten
hombres y fieras, el sañudo silbo
del noto asolador, la densa lluvia

que las campiñas cubre, ¿anuncia al mundo
su destrucción postrera
y de un airado Dios la saña fiera?

No: ya el veneno de la peste activo,
que en los calmados vientos escondía

el otoño febril, consume el rayo:
ya con sus fuegos cárdenos renueva
el caluroso ambiente,
y templá el alto sol del Sirio ardiente.

Y esa incesante lluvia, que amenaza

de la afligida Pirra el triste siglo,
y aquel torrente, que el riscoso margen
vence soberbio y acomete el campo,
a la estación florida
preparan ya los gérmenes de vida.

Sí, mi Javier: la pródida natura
ligó al forzoso mal el bien suave.
Bajo el estéril hielo crece oculta
la espiga del abril: al seco estío
los plácidos aromas

debe el frutal y las sabrosas pomas.

De esas montañas áridas, reliquias
volcánicas del globo, monumentos
de destrucción y ruina, se despeña
sembrando vida en la llanura el río.

¿Quién, sino el mar sañudo,
dar libre paso a otro hemisferio pudo?

Maldiga el delicado ciudadano
la adarga y lanza del bravoso Marte:
cargue de execración aquel primero,

que en breves tubos encerró la muerte,
y con industria fiera
el rayo abrasador robó a la esfera.

¿De qué fuerza sin él contra el impío
la sociedad se armara? ¿quién pudiera

de la ajena ambición vivir seguro?
¿Qué no osara la infanda tiranía,
si su furia traidora
no contuviese espada vengadora?

El tranquilo placer que goza el hombre,

ya habite los palacios, donde brillan
la púrpura y el oro, o retirado
al seno de Minerva, o bien le cubra
techo de humilde paja;
debe al guerrero, que imprudente ultraja.

Y si cual suele el espumoso río,
minado el dique, la enemiga hueste
por las campiñas patrias se derrama,
de su indiscreta compasión entonces
el áspero castigo

ve de la humanidad el necio amigo.

Y ¿no es humanidad la dulce vida
por la patria entregar? ¿quién más piadoso,
que el que defiende de opresión injusta
matronas, niños, jóvenes, y ancianos,

el incendio y la muerte
contra el inicuo usurpador convierte?

Hiere, sí; mas tranquilo el caro hermano
descansa en brazos de la dulce esposa:
mata, y el suelo tiñe en roja sangre,

y espiga de cadáveres las lindes;
mas de feroz violencia
florece libre la paterna herencia.

Y si tal vez el enemigo fiero
las armas rinde a su valor, olvida

que fue enemigo, y le socorre hermano,
nunca hirió noble brazo al abatido,
que su piedad reclama,
sino al soberbio, que a la lid le llama.

Así modelo a la futura gente

de valor y piedad miró Sicilia
al gran Timoleón, cuando a los mares
medroso huyendo, y derrotado el peno,
su libertad amada
gozó de Ceres la feliz morada.

Justa cuanto horrorosa fue la prueba,
que a su austera virtud pidió el Destino;
que en sangre fraternal manchó su patria,
mas sangre de un tirano. Agradecida
la ciudad de dos mares

al fuerte vengador erige altares.

Dios del Corintio fue: mas ¡ay! crinada
de víboras la Euménide sañuda,
ante sus ojos gira: ve teñido
de rojo humor el profanado techo

y huye a climas lejanos,
ya endurecido a castigar tiranos.

Ofreciole la altiva Siracusa,
libertada por él, cetro y diadema:
diadema y cetro adornan la indignada

del fiero hermano macilenta sombra
que de vil tiranía
odiosa imagen le persigue impía.

Y dice: «¿por qué pues, yerto cadáver

allí a mi acento vengador caíste?

¿por qué yace a las fieras desperdicio
desde la infausta Escila al Lilibeo
el bárbaro africano,
si el yugo ha de oprimir al triste humano?»

«No: depongo el acero. Alzarlo manda

la humanidad sobre el feroz malvado,
que pide la corona y grita al hombre:
esclavo sé. Deber tan doloroso
ya dejé satisfecho,
y destrocé, ¡infeliz! mi tierno pecho.»

«Brilló la libertad, basta la sangre:
¡eterna maldición al que levanta
sobre hacinadas míseras ruinas
con hierro y llama en soledad horrenda
su injusto poderío,

y se atreve a decir: el hombre es mío.»

«¡Doliente humanidad! la lanza aguda
vibraré solo en tu defensa. Amigos,
no se dirá que al sanguinoso solio
subió Timoleón; o que por tierra

tanto muro postrado,
tanto cuerpo de fuertes destrozado.»

«Sirvió solo a mi orgullo. En este asilo
lamentaré la víctima, que el cielo
a inmolar me obligó. Goce Trinacria

la dulce libertad; y si algún día
la amenaza un tirano,
pronta a vengarla encontraréis mi mano.»

Dijo; y el templo augusto de la fama
le abrió las puertas de oro. Tú, que aspiras

al sagrado laurel; tú, a quien ya vieron
pródigo de tu sangre las riberas
del lento Guadiana,

despojo a la ambición gala y britana;

y ansioso del peligro y la pelea

de noble intrepidez modelo fuiste;
no pienses que por la áspera carrera
del fiero Marte encontrarás la gloria,
si su furor violento
no templá la piedad con blando aliento.

¡Valor y humanidad! almas sublimes,
que oprime, mas no abate el infortunio,
almas nobles, defensa de la patria,
cuando la patria en su defensa os llame,
mientras yace olvidada

en ocio ingrato vuestra invicta espada;

amad al hombre y socorredle. Un día
menos severo os mirará el Destino;
y si tal vez a la espantada tierra
lanza Belona el grito de la muerte,

un corazón piadoso
sabréis llevar al trance riguroso.

¡Con qué placer te miro, dulce amigo,
levantar puro las augustas aras
de la santa virtud para los hijos

del implacable Marte! ¡cuán gozoso
entre su grito horrendo
la voz de la piedad estoy oyendo!

Vuela, alma generosa... De furores
fácil es inundar la tierra, fácil

verter de sangre caudalosos ríos:
la grande empresa, y ardua y solo digna
de un corazón sublime,
es consolar la humanidad, que gime.

La mañana.

Rompe la niebla el sonrosado día
del apacible oriente,
y sobre el golfo de la aurora fría
renace el sol ardiente.

Por los inmensos orbes se derrama:

la natura adormida
siente el calor de su celeste llama,
y ser recobra y vida.

Que si robó la luz al triste suelo
la noche silenciosa,

cuando mostró sobre el cenit del cielo
su frente pavorosa:

hora lanzada al piélago de Atlante
el reino de las horas
te cede, astro del día rutilante,

que la tierra enamoras.

Ya el pajarillo por la selva umbría
salta en ligero vuelo:
los grillos rompe de la nieve fría
el tímido arroyuelo.

Abren su cáliz las nacientes flores,
y cefirillo osado
les roba en mil balsámicos olores
el beso regalado.

Todo es beldad: hasta el breñal rascoso

verdura y rosas mana:
hasta el pantano estéril de oloroso
junquillo se engalana.

Caro Melanio, y tú, de las pastoras,
dulce Aristo, cuidado,

venid: gozad tan deliciosas horas
con vuestro Anfriso amado:

que así del cielo la piedad halaga
los míseros mortales,
y con placeres fáciles les paga

los no evitados males.

¿Por qué engañado en pos de su tormento
anhela el hombre insano,
cuando naturaleza a su contento
brinda con larga mano?

¿Quién recostado al pie de los laureles,
que agita el manso viento,
envidia los magníficos doseles
del pérsico aposento?

¿Quién el templado ambiente respirando

y el ámbar de la vega,
sueña en las glorias del funesto mando
y a la ambición se entrega?

Jamás en débil leño oyó el bramido
del piélagos inclemente

quien se adurmió una vez al blando ruido
de la emboscada fuente.

Otros se ciñan el laurel sangriento
del bárbaro Gradivo;
y bajo techo rústico el contento

me halague a mi festivo.

Abre, natura, a un alma, que inspiraste,
tus brazos bondadosos.
Soy hombre: a ser dichoso me formaste,
y a hacer a otros dichosos.

VII

A Alcino.

Imitación de Horacio.

Huyó la nieve fría:
cobra el campo su yerba, el eminente
árbol su copa umbría:
ya menguado el torrente
besa humilde la margen floreciente.

Hora que el verde manto
tiende sobre los valles primavera,
al son de dulce canto
ya la ninfa ligera
hechizando con danzas la pradera.

Mas nadie, Alcino, fíe
del sol alegre y el templado viento:
si hora favonio ríe,
el estío sediento
lo lanzará de su florido asiento

Para morir, apenas
vierta otoño pomífero sus dones
en las selvas amenas;
y luego en los peñones
rebramarán los crudos aquilones.

En alas de las horas
rapidísimo el año se desprende;
mas de abril las auroras
tornan, si Febo asciende
al rojo Toro, y el cenit enciende.

De enero las ruinas

mayo alivia: nosotros, si pasamos
las puertas diamantinas
de Aqueronte, quedamos
polvo y sombra, y al ser jamás tornamos.

Que no, Alcino, a mis brazos
te volverán de allí la dulce lira,
que entre pampíneos lazos
blando placer suspira,
ni la santa piedad, que en ti respira.

No de aquellas mansiones
Cintia pudo librar su alumno amado:
las tartáreas prisiones
de Pirítoo osado
romper a la amistad no le fue dado.

Goza, goza la hora,
que aunque fugaz, benigna se te ofrece
de la Parca traidora
te burla, y favorece
al desvalido, que a tu umbral fallece.

Cuanto placer gozares,
cuantos bienes con mano generosa
al pobre dispensares,
lo aumentas a la hermosa
vida, y lo libras de la tumba ansiosa.

VIII

A la sabiduría.

Traducción libre de Richardson.

Ya el ave de la noche
deja el oscuro albergue,
donde esquivó del día
la lumbre refulgente;
y en tanto que las horas

beleño al mundo vierten,
entre las densas nieblas
sus negras alas tiende.
Con apagado canto
los vientos ensordece:

a meditar convida,
¡y el necio vil la teme!
De Palas Atenea()
amor, salve mil veces:
yo al aviso severo

de tu voz obediente,
del templo, do sus aras
tu augusta diosa tiene,
en la callada noche
saludo los dinteles.

Cuando la hermosa luna
su blanda luz extiende,
y la ilusión mentida
del mundo desaparece;
ni la ignorancia osada

fingir colores puede,
que con doloso brillo
el pensamiento cieguen;
entonces ¡cuán benigna
del que a implorarla llegue,

el silencioso voto
aceptará clemente!
Minerva, ¡oh tú, del hombre
alivio dulce siempre!
¡oh delicioso origen

de cándidos placeres!
En tus divinas aras
mi humilde ruego suene,
que de ambición exento

el corazón te ofrece;

y de la luz guiado,
que grata me concedes,
a más dignos objetos
aspiro noblemente.
No el mando suspirado,

no del Ofir los bienes,
no la flor venenosa
codicio de Citeres;
del humano deseo
ridículos juguetes,

son para el necio dichas,
y envidias para el débil.
A mí tu santa llama
benévola desprende,
que la inmortal belleza

de la virtud me muestre:
los monstruos extermine
y la tiniebla ahuyente,
que del vivir la senda
infestan y oscurecen.

De un pecho puro dame
la alegría inocente,
y que tu ley divina
en mis afectos reine.
Marchita edad tirana

las rosas del deleite,
y a ser polvo en la tumba
aprenderán los reyes;
mas con verdor eterno
prosperan tus laureles,

ni del tirano olvido
la odiosa mano sienten.
Tú el corazón del sabio
benigna fortaleces
para arrostrar del vulgo

las mofas insolentes;
por ti al malvado huye,

no empero le aborrece;
de la maldad se indigna,
del vicio se conduce.

Salve: si tú lo animas,
vencer mi pecho puede
del hombre la injusticia,
las iras de la suerte.

IX

A Berilo, rogándole que vuelva al Betis a los brazos de sus amigos.

Asaz de nieve y hielo
el monte su cerviz mostró cubierta:
asaz del crudo cielo
la campiña desierta
sufrió el granizo destrozada y yerta.

El noto proceloso
despoja a abril de su florida gala;
y silbando horroroso,
la mies naciente tala
y el fuerte roble con la tierra iguala.

Al claro Betis vimos
ceñuda levantar la ovosa frente,
y los troncos opimos
en su rauda corriente
llevar al dios del húmido tridente.

Las míseras cabañas
del cierzo y de la lluvia heridas yacen;
y al pie de las montañas
malignas yerbas nacen,
que los hambrientos corderillos pacen.

Con dolorido llanto
el pastor sus mejillas humedece:

el tardo buey en tanto
bajo el yugo fallece,
y el ganadillo trémulo fenece.

¿Cuál dios, ¡ay desventura!
invocarán los cándidos pastores?
Tú, Pan, de la espesura,
que con tus ninfas mores,
sal coronado de espadaña y flores:

Oh tú, que del ganado
defensa y de las rubias mieses eres,
¡ay! sobre el yermo prado,
benigna madre Ceres,
la abundancia derrama y los placeres.

Mas tú a nuestros ejidos,
dulce Berilo, ven: el cierzo fiero
templará sus bramidos,
y el mirto placentero
florecerá en las faldas del otero:

que la amistad divina
de los pesares dulce encantadora,
la tristeza termina,
y halaga, cuando llora,
y disminuye el mal y el bien mejora.

Al aherrojado Orestes
exento de temor Pílates vino;
y ni aceradas huestes,
ni el suplicio vecino,
ni del tirano el pecho diamantino

su espíritu aterraron:
desciende al calabozo, y dulcemente
sus pechos se adunaron;
y templo refulgente
fue de amistad la cárcel inclemente.

Dejó en aquel momento
libre a Orestes la Erinis vengadora
y el azote cruento:
ni la voz gemidora
resonó de la adúltera traidora.

Al reino del espanto
Alcides por su amigo descendiendo,
el sempiterno llanto
cesó, y el ronco estruendo
y del trifauce Can el grito horrendo.

X

La vida humana.

¿No ves, Fileno, en la florida espalda
de aquella umbrosa sierra y eminente,
como un hilo de plata entre esmeralda,
nacer bullendo imperceptible fuente?
Y ¿cuál resbala por la herbosa falda

tan tenue y fugitiva su corriente,
que del aura sutil aun no es sentida?
Así comienza nuestra frágil vida.

Vela después, cuando segura pisa
del primer llano el floreciente suelo,

con otras varias en alegre risa
ya convertida en plácido arroyuelo.
Ora por los declives baja aprisa
buscando el valle con risueño anhelo:
ora lenta, la selva circundando,

con las flores del margen va jugando.

O bien, ya más audaz, por la cascada
se precipita a la profunda umbría,
donde entre densas nieblas asombrada,

al prado sale a ver la luz del día.

Deslízase del susto ya olvidada,
siendo del campo hechizo y alegría,
sobre alfombras de nácar, oro y grana,
y es viva imagen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,

su caudal con las lluvias aumentando,
que veloz, atrevido e impaciente
por pedregosos valles va sonando:
apenas sufre ni el marmóreo puente,
ni el margen, que acomete rebramando,

ni el firme robledal de su ribera,
ni el monte que se opone a su carrera.

Ya llega a la escarpada catarata,
y sin mirar su riesgo, obedeciendo
al ímpetu, que ciego lo arrebató,

se lanza a los abismos con estruendo:
yace entre espumas de nevada plata
aprisionado su furor gimiendo;
y las ondas, al viento abandonadas,
tiñe el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva
sobre el risco musgoso, que lo ataja;
y a la campiña, que de pompa nueva
vistió el mayo gentil, airado baja:
redil y chozas por delante lleva,

y la encina firmísima desgaja;
y templado jamás y siempre altivo
es de la juventud retrato vivo.

Allí aumentado a caudaloso río,
la extendida llanura dominando,

por los ribazos de su margen frío
con majestad tranquila va pasando:
no le amedrenta ni el sediento estío,
ni el sol, que lo amenaza fulminando;

y sosegado en su feliz carrera,
mengua no teme y crecimiento espera.

Mírale con qué orgullo desdeñoso
recibe los tributos, que a porfía
le rinden, ya el torrente impetuoso,
ya el manso arroyo de la selva umbría:

la ribera, que el valle delicioso
con raudal apacible florecía,
pierde su nombre, y en sonoro estruendo
por el cauce fatal entra gimiendo.

Más adelante otro soberbio halla

tan audaz, tan valiente y tan crecido
opuesto en su camino. Undosa valla
alzan las aguas: dóblase el bramido:
disputan en acérrima batalla
de quién todo el caudal irá regido:

vence, e hinchado la corriente eleva,
y esclavizado a su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado
le adornó con sus sombras placenteras;
pérfido al muro, que besó humillado

cuando apenas llenaba sus riberas,
bate, si crece, el torreón alzado,
los troncos vuelca, inunda las praderas:
no hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos
quiebra lánguido y débil: mil corrientes,
que van a herir los márgenes limosos,
parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:
aquel caudal, que muros generosos

combatiera y ciudades florecientes,
es solo inerte masa y extendida,
al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen
puentes soberbios, muelles elevados:

que sus raudales retorcidos gimen
del espolón macizo quebrantados;
que mil bajeles la cerviz le oprimen,
de riquezas y crímenes cargados;
del mar vecino la amargura siente:

imagen tuya, oh senectud doliente.

Ya la cerúlea espalda amedrentado
ve al ponto inmenso, que sorberle espera:
ya solícito escucha y aterrado
el continuo rugir de la onda fiera:

ya a su pesar camina arrebatado
al tablazo extendido, donde muera:
ya la mar le recibe dividida;
y así, Fileno, acaba nuestra vida.

XI

A Tirsi: el temor de lo venidero inútil.

Desprendiose aquilón del polo umbrío:
ya lento el arroyuelo
corre apenas, cuajado el cauce frío
en prisiones de hielo;

y la flor, que de perlas salpicada

a su orilla crecía,
marchita, entre la nieve sepultada,
su belleza natía.

Ya el labrador en reja brilladora
trueca el pértigo ardiente,

y tras la tarda yunta de la aurora
mira la luz naciente:

abre en tendido sulco el almo seno

a la fecunda tierra;
y entre la nieve, de esperanzas lleno,

pródigo el grano encierra;

y espera el fruto a su industrioso anhelo
en mieses abundosas,
cuando mayo gentil al fértil suelo
vierta encendidas rosas.

Mas antes, ¡ay! que en la vernal morada
del Aries nazca el día,
tal vez su vida y su esperanza amada
segará Parca impía.

Último invierno, Tirsi, y el hado triste

dará a tu vida acaso
el que hora en tempestad sañuda embiste
los piélagos de ocaso.

Saber el fin, que decretó el Destino,
no es dado a los mortales:

¿qué vale, Tirsi, con temor mezquino
aumentar nuestros males?

Reine, en tu pecho el plácido alborozo,
y el necio afán alanza;
ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo

por dudosa esperanza.

La edad caduca por fatal sendero
vuela a la turba oscura.
Goza el tiempo, que es tuyo: el venidero
¿quién, Tirsi, lo asegura?

XII

A Dalmiro: deben abandonarse los cuidados.

Imitación de Horacio.

¿Qué te importa, si el galo belicoso
vence, Dalmiro mío,
el Rin soberbio, o en el Alpe helado
tremola sus pendones victorioso?
¿oh si el britano impío,

del orbe separado,
los piélagos altera
y llena de terror la playa ibera?

¡Ah! ¡cuán pequeño afán a nuestra vida
impuso el justo cielo,

cuando con blanda voz naturaleza
a gozar de sus dones nos convida!
No, pues, el vano anhelo
de la infausta riqueza,
ni el inútil cuidado

de hoy más perturbe el pecho sosegado.

Sí: que la juventud cual leve viento
huye precipitada,
y la árida vejez con planta odiosa
huella la flor más tierna, de su aliento,

de su albor despojada.
No igual la luna hermosa
muestra siempre el semblante,
ni igual despide el sol su luz brillante.

¿Por qué pues con empresas, superiores

a la flaqueza humana,
el ánimo caduco fatigamos?
Ciñe, oh Dalmiro, de olorosas flores,
ciñe la sien ufana;
y mientras que gozamos

de nuestro abril florido,
las penas enojosas da al olvido.

Y riberas del Betis delicioso

alegres discurriendo,
en grata unión a la amistad divina

entonemos el himno sonoro;
y luego el manso estruendo
de fuente cristalina,
la noche y Filomena
convidarán a la quietud serena.

XIII

A Albino: la felicidad consiste en la moderación de los deseos.

Imitación de Horacio.

Descanso pide al cielo el navegante,
cuando entre niebla oscura
se oculta Febe, ni su luz brillante
da cierta Cinosura.

Descanso pide el galo belicoso,

domador de naciones:
descanso el anglo, cuando el mar undoso
discurren sus pendones.

Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,
dulce Albino, lo adquiere,

ni cuantas perlas y oro Febo cría
adonde nace y muere;

sino el parco vivir, la sobria mesa,
el pecho descuidado,
que la ambición no aguija, ni embelesa

el interés malvado;

y el dócil corazón, que blando cede
a la Fortuna ciega,
y entre el placer, que grata le concede,
olvida el que le niega.

¿Por qué en deseos el mortal destruye
la breve edad que alcanza,
y en pos del bien mentido que nos huye,
anhela la esperanza?

¿Por qué otro sol buscando y otras tierras

inquieto, di, te agitas?
Si de la amada patria te destierras,
a ti jamás te evitas.

Goza el placer, que pródiga natura
te ofrezca sin desvelo:

templa con blanda risa la amargura,
que te destine el cielo.

¿Quién es feliz en todo? Si al contento
va la desgracia unida,
halaga con el bien tu pensamiento,

y el mal futuro olvida.

Febo te dio su lira numerosa;
la virtud un amigo:
rompe la venda a la ilusión dañosa
y vive ya contigo.

XIV

Invocación del poema de Lucrecio: De Rerum natura.

Madre de los romanos, alma Venus,
deleite de los hombres y los dioses,
que el navegable mar, la tierra fértil,
productora de los frutos, llenas
con tu nombre divino: tú, que el orbe,

que los astros girantes señoreas;
tú, por quien se conciben los vivientes

y a la luz pura de los cielos nacen;
tú el aquilón sañudo, tú la bruma
del escarchado invierno al polo ahuyentas;

que apenas apareces, la morada,
de Ceres brota flores, te sonrío
el extendido ponto, y resplandece
con blanda llama el sosegado viento:
y cuando la rosada primavera

abre las puertas del fulgente día,
y el amoroso Céfiro, rompiendo
la prisión del ocaso, halaga el mundo,
el coro volador de dulces aves
anuncia tu llegada al tierno pecho

herido con tu arpón: rebaños, fieras
por entre alegres yerbas van saltando:
pasan ligeras los veloces ríos;
y el atractivo del placer siguiendo,
do quier las llamas obedientes vuelan.

Tú el blando amor esparces, ya en los campos,
que pinta el ledo abril; ya en las montañas,
ya en los senos del piélagos rugiente.
De amor llenas la selva: «amor» resuenan
las frondosas mansiones de las aves;

y así del ser la llama fugitiva
por tu divino influjo se propaga.
Inspira tú mi acento, tú, que el mundo
y la natura mandas: nada amable,
nada alegre es sin ti: nada del día

goza sin ti la refulgente lumbre.

XV

Poder de la imaginación en el sueño.

Traducción de Delille.

Así en continua acción la fantasía

discurre a su placer: pinta, engrandece
y produce fecunda. Cuando al orbe
tiende la quieta noche el negro velo,
y duermen vientos, piélagos y selvas,

¿quién no siente su activo poderío?
Cual resuena vibrante el duro bronce,
aun después de pulsado; cual la barca,
impelida una vez de fuerte brazo,
no olvida el remo y sobre el agua vuela;

así aun en la quietud se agita el alma,
a los impulsos, que sintió, obedece,
y la noche en sus cuadros copia el día,
y eco los sueños son de las ideas.
El pincel delirante a veces une,

separa a veces sin razón ni tino,
y muda y desconcierta los objetos:
como en el claro espejo de las ondas
vemos pintarse el inclinado tronco
superior a su copa, la alta nube

por el profundo abismo circulando,
la tierra bajo el agua, los corderos
en la mansión del pez, y los arroyos
corriendo por la bóveda del mundo;
mas el alma del cuadro no varía.

Soñando el orador divide en partes
su sermón y fastidia al auditorio:
soñando el juez, por la chillante rueda
de una elocuencia bárbara arrullado,
duerme en el tribunal: sueña el ministro,

y su desdén y gravedad ensaya,
y extiende al memorial la corta mano:
en sueños el actor sobre la escena
su acción despliega y su mirada firme:
en pos corre el autor del consonante

y de la liebre el cazador: descubre
el avaro infeliz nuevos tesoros.
Sueña el grande veneras; y al mendigo,
benéfico Pentievre, el llanto enjugas.

Del caro amigo, cuya ausencia llora,

el amigo en sus sueños ve la imagen:
la hora recuerda, reconoce el sitio,
en que la acerba y triste despedida
con silencioso lloro prolongando,
inmóviles() sus ojos le siguieron.

¿Describiré el delirio de un amante,
y aquellos dulces sueños, que enriquece
con ilusiones plácidas Morfeo?
Palpitando el amor y la esperanza
en su anhelante seno, ve y escucha

la celeste beldad, que lo enamora.
Sobre el clavel purpúreo de sus labios
muere el desdén, y nace blandamente
la lánguida sonrisa del cariño...
Mira, ¡oh felicidad! mira sus brazos,

sus regalados brazos extenderse,
y en amorosos nudos rodearle...
Recibe el beso ardiente del deseo...
Tiembla bajo la mano encantadora,
que lo acaricia... El refulgente día

envidiará al nacer, oh noche oscura,
tus prestigios: ¿qué mucho, si en el néctar
del dulce amor empapas tus beleños?

XVI

A Albino.

Tú del sacro Helicón, mi dulce Albino,
ascendiste a la cumbre soberana,
y fuiste en ella honor del almo coro;
para ti su divino
mirto Venus ufana

cultivó entre los nácares y el oro;
y si imitas de Apolo el sacro acento,

y de su noble aliento
celebras la victoria
en desusada lira,

el refulgente ramo de la gloria,
que adora el Betis, por tus sienas gira.

Mas no por igual senda el dios de Delo
a la inmortalidad pródigo guía
cuantos bebieron la Castalia fuente:

cuál el templado cielo
canta y la selva umbría
y del manso arroyuelo la corriente:
cuál de celeste ardor arrebatado,
levanta el vuelo osado,

y el soberano asiento
de Júpiter temido
describe audaz, y el vasto firmamento
a su voz poderosa estremecido.

Cual las revueltas haces y el horrendo

carro de Marte y la homicida guerra,
y el asta de Belona ensangrentada,
y el pavoroso estruendo,
con que al mortal aterra
la trompa, por las madres detestada:

cual el dulce solaz de los pastores,
los tranquilos amores
dirá y el ocio blando;
y cual del generoso
Baco, la copa alegre vaciando,

celebra agradecido el don precioso.

Mi Musa no las rosas y alelías,
que halaga ledo con raudal sonoro
el Permeso apacible, altiva quiere;
ni orientales rubías,

ni las coronas de oro,
que Febo a sus alumnos repartiere.
Si modesta viola, malva errante

o girasol amante
tejieren mi guirnalda,

entonces tu glorioso
triunfo del Pindo en la canora falda
admirado veré, mas no envidioso.

XVII

A Fileno: el sosiego de la virtud.

¡Oh mil veces feliz quien del profano
vulgo no conocido,
burla de la ambición el dardo insano,
y se acoge al retiro apetecido!
La paz, oh mi Fileno,

la paz lo halaga en su amoroso seno;

y respirando el aura deliciosa
de la santa alegría,
gozoso y grato en voz armoniosa
himnos entona al Hacedor del día,

cuando del rojo oriente
eleva Febo la encendida frente.

Y cuando al ocultar su lumbre pura
la noche sosegada
va descubriendo entre la niebla oscura

de luces mil la esfera iluminada,
canta el poder divino,
que señaló a los astros su camino.

¡Ah! no en vano a su vista resplandece
la tierra engalanada

con las riquezas, que al mortal ofrece:
su alma pura, de gozo enajenada,
recibe el don precioso,
y humilde adora al bienhechor glorioso.

No la homicida trompa a los furores

y a las lides lo inflama,
ni del pérfido dios de los amores
arde en su pecho la funesta llama:
tú, virtud, sola eres
la fuente perenal de sus placeres.

¡Hija del cielo! tu favor divino
¿podrá serle negado
al que contrario y bárbaro destino
arranca del sosiego suspirado,
ligándolo inclemente

con duro lazo a la perversa gente?

¡Ah! no: vierta en el mundo su veneno
la maldad orgullosa:
del varón justo el no manchado seno
será de la virtud morada hermosa;

y aquel sagrado abrigo
no violarán ni el crimen, ni el castigo.

XVIII

La gloria de los hombres benéficos.

Nota()

Reina ya en nuestros climas: la ribera,
beneficencia santa, te convida
del olivoso Betis, do florida
se complace la amable primavera:
aquí do reverbera

cayendo en occidente
la amortiguada luz del sol hermoso,
erige, erige el trono venturoso,
y triunfa eternamente.

Héroes de paz y bendición, la gloria

os ceñirá de plácidos laureles:
no con manos sangrientas y crueles
los rociará la bárbara victoria,
ni mostrará la historia
de innumerables hombres

sobre el campo los restos hacinados;
ni de su sangre y maldición cargados
vuestros augustos nombres.

Difundís del saber la lumbre clara,
de la virtud los celestiales dones;

y graba en los humanos corazones
el dulce amor vuestra memoria cara.
Allí el cielo os prepara
más grato monumento,
que cuantos sobre el campo devastado

la mano erige del feroz soldado
al vencedor sangriento.

A vuestra voz confuso desaparece
el ocio y el error: do espino rudo
pobló las vegas, entre el hielo agudo

ya la naciente espiga reverdece.
Al labrador ofrece
la selva engalanada
entre colgantes flores fruto opimo:
ya de la hojosa vid pende el racimo

en la roca escarpada.

Por vos el sabio a la mansión ardiente
se eleva de la luz, madre del día,
y del celeste giro la armonía
audaz revela a la admirada gente.

En el nítido oriente
señala la áurea cuna,
do nace el sol tras la rosada aurora,
y el desigual semblante, que colora
a la argentada luna.

O cuando de aquilón la nave herida
del mar desierto en la escollosa plaga,
rotas velas y antena, incierta vaga
de las hinchadas olas combatida;
la senda ya perdida

al marinero yerto
señala en el fanal, que el polo luce,
y de la cara patria lo conduce
al suspirado puerto.

Por vos el genio a la natura hermosa

vencedor roba el misterioso arcano,
y noble don del cielo soberano,
no se adormece en languidez ociosa.
La juventud fogosa
busca en las sabias lides()

el verde lauro del pastor de Anfriso:
por vos no envidia Betis al Iliso
sus Hiparcos y Euclides.

¡Ah! si a la yedra de Helicón luciente,
de mi cítara humilde pompa altiva,

Minerva entrelazó la sacra oliva
del ramo, que a Newton ciñó la frente,
vuestro es: el pecho ardiente
en juvenil anhelo
de excelsa gloria y de saber ardía;

y con el premio, que los genios cría,
me ensalzasteis al cielo.

Y tú, amable niñez, dulce esperanza,
dulce amor de tu patria, ¡cuán piadoso
de vuestro labio de carmín gracioso

admite Dios el himno de alabanza!
Dios de bondad, tú lanza
al denegrido averno
el vicio; y en mil hierros oprimido,
jamás de la inocencia el fermento

empañe el lustre tierno.

¿Mas veis? ¿o bien encanto delicioso
me engaña? Yo la miro: ledo brilla
entre el amado coro, que acaudilla,
mas que de humana su semblante hermoso.

Hora del Pindo umbroso
sobre la lira mía,
blandas rosas, lloved: la virtud canto:
resuene en Helicón su nombre santo
con más grata armonía.

Elisa(), salve, oh tú, de nuestro suelo,
del Betis dulce gloria. Salve, amada
siempre y digna de amor: tú fuiste dada
a nuestra patria del benigno cielo.
Por ti su justo celo

anima el virtuoso;
y al ver de la bondad la imagen pura,
tiembla el crimen audaz y en noche oscura
se esconde tenebroso.

Tú en la niñez de la virtud derramas

el fuego que tu pecho ha consumido.
Tal vez, amante esposo, complacido
verás embellecer sus puras llamas
a la beldad que amas;
y con blanda sonrisa

dirás feliz: «la cándida inocencia,
la dulce paz, la celestial prudencia
adoro en ti de Elisa.»

Vive feliz, y si a la lira mía
triunfar del tiempo edaz() fue concedido,

tu gloria vivirá libre de olvido
desde la aurora hasta do muere el día;
y mientras la fe pía,
el ánimo elevado
y la bondad no odiaren los mortales,

cual nuncio de favores celestiales
será tu nombre amado.

Hijos de Apolo, ¿y la gallarda frente
doblaréis más ante el guerrero injusto?
¿Postraréis a sus pies el lauro augusto,

que habéis cogido en la castalia fuente?
De Gradivo inclemente
olvídese la ira,
oh virtud, por tus cándidos pendones:
abrase vuestros nobles corazones

el fuego, que me inspira.

Las trompas arrojad: de Pirro alabe
otro y de Aquiles los funestos nombres:
mi lira, bienhechores de los hombres
sólo cantar vuestras hazañas sabe,

y mientras Delio acabe
su perpetua carrera
del mar de Iberia en las espumas frías,
vuestra gloria inmortal dirán los días
a la edad venidera.

XIX

La felicidad publica.

Nota()

Sobre las cuerdas de mi lira vuela
el cántico del bien, hora que tiende
la dulce paz sus blancos pabellones,
y de la adusta frente los guerreros
el yelmo ensangrentado desenlazan.

Héroes de maldición, el hierro impío
y el tronante cañón dejad: la tierra,
ya saciada de sangre y de ruinas,
a ser feliz sin nuestra espada anhela:

y tú, felicidad, del alto cielo

el más precioso don, mi acento mueve:
enseña por mi voz a los mortales
el arte de gozar; y la hermosura
de la santa virtud brille a sus ojos:
cual otro tiempo a cándidos pastores

en la dorada edad tú amanecías
con los primeros rayos de la aurora;
y al derramar los sueños deliciosos
la oscura noche, libres de cuidados
en tu materno gremio reposaban.

¿Por que el hombre olvidó la ley suave,
que le dictaste entonces? El deseo
del bien de los demás ¿por qué no anida
en el humano corazón? Mortales,
sólo a este precio lograréis la dicha.

¡Quien me diese exhalar del pecho mío
el fuego bienhechor que lo consume,
y en los helados ánimos lanzarlo!
Tú, ambición del poder; tú, del averno,
pálida envidia, reina; tú, vil odio,

de insaciables serpientes devorado;
vosotras, pestes del horrendo Erebo,
al patrio abismo huid: libre la tierra
de la ominosa hueste, en el humano
el ya feliz humano se complazca.

Labra, oh natura, en tu escondido seno
el hierro bienhechor: labra, no temas:
que no ya el hombre en homicida punta
o alfanje corvo trocará tus dones;
ni sepultado en el amigo pecho

el pérfido puñal, horrorizadas
gemirán tus entrañas maternas:
mas convertido el mineral precioso
en reja aguda, de la hermosa tierra
penetrará los escondidos senos,

y hará brotar la fuente de abundancia.

Desde las altas sierras desatados
derramarán el germen de la vida
sobre las vegas los fecundos ríos:
no ya enrojecerá la sangre humana

su raudal puro, ni Eco en sus riberas
del bronce asolador el estallido
lanzará flébil al remoto golfo;
mas el sonido de la dulce avena
y el canto del amor sobre sus ondas

resbalará tranquilo: el euro leve
lo llevará, cuando la aurora nace,
desde los labios del pastor querido
al redil de su bien: dulce el favonio,
cuando el sol muere, en sus purpúreas alas

la halagará, y a la canción suave
sonreirá amante la gentil pastora.

Rodeará en tanto a la fecunda madre
la prole de su amor: no de su gremio,
del gremio maternal el hijo insano

se arrojará tras el fantasma impío
de gloria funeral, ni de la trompa
el ronco son aterrará sus lares.
Cual la robusta encina, que vegeta
desde el antiguo siglo, no insultada

del huracán, verá los dulces hijos
a su lado crecer. Firme y profunda
la virtud en sus ánimos se asienta,
como el monte, que estriba sus raíces
en las bases del mundo. El padre amante

sobre la esteva del arado espera
la risa matinal. Trabajo y premio
son su felicidad: el verde prado
da a su rebaño pasto delicioso
entre las bellas hijas de la aurora:

sobre su frente, del sudor cargada
y de la honrosa ancianidad, tranquilos
se multiplican del placer los días.
Mas ¿cuál prora veloz el ancho golfo

rompe en sulco espumante? La alegría

y el bien lleva a las márgenes remotas,
y el bien traerá a los campos de su patria.
Pacífico habitante de la cuna,
do en los brazos del euro nace el día,
goza tranquilo tan feliz morada.

No, Ganges, tus riberas florecientes,
ni tu sacro raudal enrojecido
verán los dulces pueblos de la aurora.
Y vosotras, mansiones del ocaso,
que veis templarse en los inmensos mares

el carro abrasador, que dora el cielo,
no temáis: no ya viene la alta nave,
de muerte, luto y destrucción preñada,
a espigar de cadáveres los campos,
y a trocar sangre y crímenes por oro.

Sólo viene pacífica a ofrecer
los dones, que derrama la natura
en los prados del Betis. Las riquezas,
que el abismo del piélago espumoso
y el fiero noto separó del hombre,

en busca suya vuelan a otros climas
bajo las alas de tranquila popa.
Así el mortal, fundando su ventura
en la dicha común de sus hermanos,
une en lazo de paz entrambos orbes.

¡Dulce ilusión! vosotros, oh felices,
oh gloriosos varones, de la patria
a un tiempo la esperanza y la delicia,
a vosotros el cielo ha concedido
dar vida a mi ilusión. Sientan las almas,

del bien común y de virtud sedientas,
brillar sobre las márgenes del Betis
un nuevo sol de nueva edad de oro.
Haced bien, instruid: que agradecida
de la posteridad la inmensa prole

esculpirá en el templo de la gloria

vuestro nombre y loor. «Aquel primero,»
dirá, «sembró de refulgente lumbre
la senda del deber, y las lecciones
del mutuo amor dictaba a los mortales.

Aquel de nuevos gérmenes poblaba
las patrias vegas, y el vigor natío
su genio agricultor enriquecía
de la fecunda tierra. Sobre el Pindo
se sació aquel de la inspirante onda,

y cantó la virtud y los solaces.
Cual la balanza, que equilibra el mundo,
enseñaba, y la fuerza, que arrebató
al sol ardiente el pálido Saturno,
y entre argentadas lunas lo sostiene

y cual en fin con sobrehumano acento
a la admirada juventud corría
el velo del empíreo: Dios, mortales,
un Dios de amor vuestro destino rige.
El dulce amor es la virtud hermosa,

y eternidad de amor será su premio.»

Así dirá; y en el sepulcro frío
vuestros callados manes escuchando
las bendiciones de la edad futura,
gozarán otra vez del bien que hicieron.

XX

El triunfo de la tolerancia.

Nota()

¡Ay! cuándo brillarás, felice día,
en que estreche el humano
con el humano la amorosa diestra?
¿cuándo será el momento, que destierre
a la olvidada historia

el grito funeral de guerra y gloria?

Dulce beneficencia, tú del cielo
el don más delicioso,
del mísero mortal desconocida,
¿a dónde, a donde fijarás tus aras,

cuando en tu fuego ardiente
se purifique la malvada gente?

¡Ah! desciende: tu santo trono sean
rendidos corazones,
y la virtud tu sacrificio: extiende

el cetro bienhechor que te confía
el Hacedor del mundo,
y llena el orbe de tu ardor fecundo.

¡Oh! ¡tantas veces tanto suspirada
de las almas sensibles,

y apenas a sus votos concedida!
Ven: contigo la paz, la tolerancia,
y la amistad hermosa
embellezcan la tierra ya dichosa:

que asaz de sangre retiñó su acero

el fanatismo impío,
de la máscara hipócrita velado:
asaz quemó su antorcha asoladora,
a la ambición prestada,
del inocente la infeliz morada.

Sí, yo los vi: ¡los monstruos! de ira ardiendo,
sedientos de venganzas,
invocaron a un Dios de mansedumbre:
en su sangre de amor fieros mojaron
los agudos puñales,

y a destrozar volaron los mortales.

¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!
¡oh cavernas del Alpe!
¡oh noche infanda de delito y muerte,

en que el furor sagrado, y la perfidia

y la ambición insana
las Galias inundó de sangre humana!

Y tú, ¡oh España, amada patria mía!
tú sobre el solio viste,
con tanta sangre y triunfos recobrado,

alzar al monstruo la cerviz horrenda,
y adorado de reyes,
fiero esgrimir la espada de las leyes.

¡Execrables hogueras! allí arde
nuestra primera gloria:

la libertad común yace en cenizas
so el trono y so el altar. Allí se abate
bajo el poder del cielo
del libre pensamiento el libre vuelo.

¿Dónde corréis, impíos? ¿qué inhumana,

qué sed devoradora
de sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis en esa víctima sin crimen,
que la impiedad condena,
de la patria la mísera cadena?

¡Y qué! grande Hacedor, ¿en nombre tuyo
siempre el mortal perverso
degollará y oprimirá? Creando,
cual es su corazón, un Dios de ira,
¿volará a las matanzas

invocando al señor de las venganzas?

Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría
desde la helada orilla
del caledonio golfo se desprende?
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos:

y vuela al mediodía,
y al piélagos feliz do nace el día.

Sí, que una vez el Hacedor benigno
dijo: que la luz sea,
y fue la luz. Tronó sereno el cielo,

desde el Tajo hasta el remoto Ganges
desplómense al abismo
las aras del sangriento fanatismo.

Salud, mundo infeliz: ya destruido
ves el imperio horrendo,

que levantó el error: ya se oscurece
al celestial aspecto de la lumbre
la abominable hoguera,
que un diluvio de sangre no extinguiera.

¡Ay! que ya del Océano saliendo

la lumbre bienhechora,
por los iberos campos se dilata.
¡Ay! que ya las riberas inundando
del levítico Betis,
llega a las playas últimas de Tetis.

Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡Oh santuario
por siempre respetable,
otro tiempo espelunca de furores!
Sí, santa luz: do tus reflejos miro,
allí con luz sombría

de la superstición la antorcha ardía.

Ardía, sí; y los hombres engañados,
que deslumbró su fuego,
allí mismo la muerte fulminaban,
en tu nombre, oh Señor de las piedades:

allí, allí los insanos
degollar meditaban sus hermanos.

Y la calumnia, como sierpe astuta,
que sus vestigios borra,
la víctima inocente sorprendía,

y pérfida de Temis la balanza

oprimió al acusado
con el peso de un Dios de furia armado.

Ese lumbroso oriente, ese divino
raudal inextinguible

de saber, de bondad y de clemencia,
fue trono de feroces magistrados,
cuya justicia impía
vengar de Dios la injuria presumía.

¡Olvido eterno a su crueldad! y sea

castigo a tanto crimen
el perdón, que las víctimas conceden.
Si es posible, tu velo, oh tolerancia,
sepulte sus errores,
y tú, prole futura, los ignores

Hijos gloriosos de la paz, el día
del bien ha amanecido:
cantad el himno de amistad: que presto
lo cantará gozoso y reverente
el tártaro inhumano

y el isleño del último Océano.